

cosos indios; rehiciéronse éstos poco más adelante y si bien pelearon con brío, desbaratados de nuevo, fueron á abrigarse dentro de las albarradas del pueblo. Desde ahí defendían la aproximación al muro á flechazos y pedradas, y cuando más cerca tuvieron á los contrarios, con picas y varas; habiendo penetrado los castellanos por un portillo, hicieron rostro en las calles y en donde se podían fortalecer, sin cesar de combatir. A esta sazón llegó Alonso de Ávila con sus peones, detenido en la marcha por haber tenido que franquear algunas ciénagas, cayó sobre la retaguardia de los indios, quienes abandonaron la población, siendo perseguidos por un trecho: "y ciertamente que como buenos guerreros, iban tirando buenas rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca volvieron de hecho las espaldas, hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y casas grandes, y tenía tres casas de ídolos, é ya habían llevado todo cuanto ható había en aquel patio." (2) Cesado el alcance, en aquel patio tomó Cortés posesión de la tierra en nombre de los monarcas castellanos, dando tres cuchilladas á una gran ceiba que ahí había, diciendo á voces que aquella posesión defendería, con espada y rodela, contra quien quiera que se opusiese; aprobaron el acto los soldados, ofreciendo sostenerlo con sus personas y armas, pidiendo al escribano así lo diera por testimonio.

Para correr la tierra y procurarse víveres, el día siguiente, 24 de Marzo, salieron al campo Francisco de Lugo con cien hombres, entre ellos doce escopeteros y ballesteros, y Pedro de Alvarado con otros ciento, y quince armados de ballestas y escopetas: á este capitán debía acompañar el indio intérprete Melchorejo, mas buscado que fué no pudo ser hallado: supose entonces que el día anterior había dejado colgados los vestidos á las ramas de un árbol en la Punta de Palmares, metiéndose en una canoa y huyendo para los de Tabasco. Apartado Lugo obra de una legua del pueblo en que estaba el real, encontró con los guerreros indios, quienes le acometieron con furor y tan terrible ímpetu, que á pesar de los estragos que sufrieron por el cortar de las espadas y las armas de fuego, lograron detenerle; y no obstante los esfuerzos de los castellanos, Lugo tuvo que emprender la retirada en buen orden, dando cuenta al general y pidiéndole socorro por medio de un indio de Cuba, muy suelto co-

(2) Bernal Díaz, cap. XXXI.

rredor. Alvarado, detenido en su marcha por unos fangales, escuchando los tiros de las escopetas, se dirigió sobre el campo de batalla en auxilio de Lugo; su presencia restableció el combate, pudiendo rechazar de pronto á los indios; mas éstos tornaron con el ardor primero, forzando á los castellanos á emprender la retirada. Por fortuna llegó Cortés con un refuerzo á salvarles, "y si no fuera fecho de presto saber al capitán para que los socorriese, como los socorrió, creese que mataran más de la mitad de los cristianos; y así nos venimos y retrajimos todo á nuestro real, y fueron curados los heridos, y descansaron los que habían peleado." (1)

En la escaramuza cogieron tres naturales, al uno de ellos que parecía principal dieron regalos, encargándole fuera á los suyos á proponer la paz; soltáronle, mas nunca volvió. De los otros dos se inquirió por Aguilar, que Melchor se había refugiado entre ellos, aconsejándoles combatesen á los blancos día y noche, por ser pocos y estar sujetos á la muerte como los demás hombres; dijeron además, que al día siguiente vendrían los guerreros con todo su poder sobre el real para destruir á los blancos. (2) En virtud de estas noticias, Cortés hizo llevar los heridos á las naves, se desembarcaron trece caballos y alguna artillería, aparejóse toda la gente de pelea y tomó cuantas providencias le parecieron acertadas para la próxima batalla. (3)

Al siguiente 25 de Marzo, día de Nuestra Señora, el ejército se armó desde bien temprano, oyó misa y puso en orden para salir al encuentro del enemigo. Los jinetes escogidos para formar la caballería, fueron Cristóbal de Olid, Pedro de Alvarado, Alonso Hernández Puertocarrero, Juan de Escalante, Francisco de Montijo, Alonso de Ávila, Juan Velázquez de Leon, Francisco de Morla, Lares el buen jinete, Moron el de Bayamo, Pedro González de Trujillo y Gonzalo Dominguez, doce en total, tomados de los hombres mejor armados y diestros, cuyo mando tomó Cortés en persona; á los trece caballos se pusieron pretales de cascabeles, comunicando orden á los caballeros, que para cargar sobre la multitud llevaran las lanzas terciadas, á la altura del rostro de los indios, sin detenerse á alancear hasta después de desbaratarlos. Mesa iba encargado de la arti-

(1) Carta del Regimiento de la Villa Rica, pág. 15—16.

(2) Bernal Díaz, cap. XXXII.

(3) Bernal Díaz, cap. XXXIII.

llería; mandaba los peones Diego de Ordaz, divididos en tres capitánías de cien hombres cada una, con el alférez Antonio de Villarroel, sostenidas por otra capitánía de cien hombres que servía de reserva ó retaguardia. (1)

Larga una legua mas allá del pueblo que entónces servía de real á los castellanos, se alzaba otra poblacion conocida con el nombre de Ceutla, el terreno intermedio, en donde habia tenido lugar la escaramuza del dia anterior, era una llanura unida en parte, cortada en lo demas por acequias ó canales de riego, pues era un campo labrado y barbechado. Cuando los españoles llegaron al lugar, encontraron á los indios que venían á su encuentro; era una multitud inmensa compuesta de guerreros de filiacion maya y zoque, apellidados de las provincias de aquella demarcacion; traían grandes penachos en la cabeza, pintado el rostro de rojo con almagre, blanco y negro; armas defensivas de algodón colchado; arco y flechas, hondas, lanzas y una espada semejante al *macuahuitl* mexicana; llevaban por música militar atambores y trompetas á su usanza. (2) Hecho el requerimiento, que los indios no atendieron, mayas y zoques como más sueltos y lijeros para saltar las acequias y andar sobre el desigual terreno, atacaron denodadamente la vanguardia de los blancos, logrando detenerla y aun ponerla en apuro; socorrida por la retaguardia se estableció el combate, sintiendo los guerreros el cortar de las espadas de muy cerca, se apartaron un tanto para hacer uso de sus armas arrojadizas, mas ahí sentían el estrago de las escopetas y de la artillería. Al notar el efecto de las pelotas daban grandes gritos y silvos, tañían sus trompetas, arrojaban al aire tierra y pajas, y daban voces diciendo: *Alalala*: (3) todo con objeto de cubrir el daño que recibían. Con el movimiento que hicieron zoques y mayas perdieron terreno; cargaron reciamente sobre ellos los castellanos, logrando rechazarlos, y arrojándolos hácia la parte de la

(1) Bernal Díaz, cap. XXXIII.—Carta del Regimiento de la Villa Rica, pág. 16.

(2) El total del ejército maya-zoque fija la carta del Regimiento de la Villa Rica en 40,000 hombres, mientras Tapia en su relacion la eleva á 48,000. Pensamos que estos números y todos los de su clase, no se deben tomar sino como la expresion de la idea de muchedumbre, de gran multitud. Todos los pueblos, en todos los tiempos, aumentan las fuerzas del enemigo, para enaltecer sus propios hechos.

(3) Arrojaban grandes gritos con la boca abierta, sosteniendo largamente una pronunciacion semejante á la de la *a*, tapando y destapando alternativamente la boca con la palma de la mano; de aquí el sonido de *Alalala*.

llanura unida. Los no ménos denodados guerreros volvieron á la acometida, envolvieron completamente á los blancos teniendo éstos que pelear espalda con espalda: aunque habían perdido pocos de sus hombres, contaban hasta setenta heridos, hallándose en trance en que apenas podían sostenerse. Durante este tiempo la caballería no se había presentado, Cortés con las gentes se había emboscado en una arboleda, y acometido á su turno por una partida de guerreros y detenido por una ciénaga, no se había desembarazado de los obstáculos sin haber tenido cinco caballeros y ocho caballos heridos. De improviso apareció la caballería sobre la retaguardia de los indios; el caballo con sus rápidos y desembarazados movimientos, produciendo un ruido extraño con su pretal de cascabeles, llevando encima el jinete vestido de lucientes armas, era espectáculo por primera vez visto de aquellos guerreros á quienes se les antojó que animal y hombre eran una sola pieza; (1) sobrecogidos por el prodigio, más de pasmo que de miedo, aflojaron en el combatir: aprovechando el estupor, los caballeros atropellaron los escuadrones mayas y zoques desbaratándolos y poniéndolos en dispersion; desembarazada la infantería rehizo su formacion y completó la derrota, persiguiendo por gran trecho á los fugitivos que fueron á guarecerse en los montes. La batalla tomó el nombre de Ceutla, y bien recia y apurada debió de ser, pues los castellanos pusieron su salvacion á cuenta de un prodigio. (2)

(1) Bernal Díaz, cap. XXXIV.

(2) Gomara, Crón. cap. XX, escribe: "No pocas gracias dieron nuestros españoles, cuando se vieron libres de las flechas y muchedumbre de indios con que habían peleado, á Nuestro Señor, que milagrosamente los quiso librar, y todos dijeron, que vieron por tres veces al del caballo rucio picado pelear en su favor contra los indios, segun arriba queda dicho, y que era Santiago, nuestro patron; Fernando Cortés mas quería que fuese San Pedro, su especial abogado; pero cualquiera que de ellos fué, se tuvo á milagro, como de veras pareció, porque no solamente le vieron los españoles, mas tambien los indios lo notaron, por el estrago que en ellos hacia cada vez que arremetía á su escuadron, y porque les parecía que los cegaba y entorpecía. De los prisioneros que se tomaron se supo esto."—Tapia narra en su relacion, lo del aparecimiento por tres veces del caballero en el caballo rucio picado, pág. 559—60—Con su rústica y hermosa franqueza nos dice Bernal Díaz, cap. XXXIV, "y pudiera ser que los que dice el Gomara, fueran los gloriosos apóstoles señor Santiago ó señor San Pedro, é yo, como pecador, no fuese digno de verlos; lo que yo entones ví y conocí fue á Francisco de Morla en un caballo castaño, que venía juntamente con Cortés, que me parece agora que lo estoy escribiendo, se me representa por estos ojos pecadores toda la guerra segun y de la manera que allí pasamos; y ya

Huidos los naturales, retrajéronse los vencidos debajo de unos árboles, descabalgaron los jinetes, y juntos dieron "muchas gracias y loores á Dios y á nuestra Señora su bendita Madre, alzando todos las manos al cielo, porque nos había dado aquella victoria tan cumplida."—"Y esto pasado apretamos las heridas á los heridos con paños, que otra cosa no había, y se curaron los caballos con quemalles las heridas con unto de indio de los nuestros que abrimos para sacalle el unto, é fuimos á ver los muertos, que había por el campo, y eran más de ochocientos, é todos los más de estas, y otros de los tiros y escopetas y ballestas, é muchos estaban medio muertos y tendidos. Pues donde anduvieron los de á caballo había buen recaudo de ellos muertos é otros quejándose de las heridas. Estuvimos en esta batalla sobre una hora, que no les pudimos hacer punto de buenos guerreros, hasta que vinieron los de á caballo, como he dicho; y prendimos cinco indios, é los dos dellos capitanes; y como era tarde y hartos de pelear, é no habíamos comido, nos volvimos al real, y luego enterramos dos soldados que iban heridos por las gargantas é por el oído, y quemamos las heridas á los demás é á los caballos con el unto del indio, y pusimos buenas velas y escuchas, y cenamos y reposamos." (1)

Los dos jefes primeros fueron puestos en libertad; les regalaron cuentas verdes y azules, dándoles á entender por voz de Aguilar hablaran con los caciques de la comarca convidándoles con la paz, pues de la pasada guerra ellos tenían la culpa por haberla emprendido. Presentáronse en efecto hasta quince mensajeros, que por traer los rostros pintados y las ropas ruines, se daban á conocer por esclavos, trayendo gallinas y pescado asado, con un poco de pan de maíz; aunque Cortés les recibió con halago y aun les regaló de las cuentas de vidrio, despidiólos diciéndoles, que si sus señores querían paz viniesen en persona á tratar de ella, no queriendo tener pláticas con los esclavos. Al día siguiente volvieron hasta treinta principales, trayendo un presente de gallinas, pescado, fruta y pan de maíz, pidiendo

que yo, como indigno pecador, no merecedor de ver á cualquiera de aquellos gloriosos apóstoles, allí en nuestra compañía había sobre cuatrocientos soldados, y Cortés y otros muchos caballeros, y platicárase dello y tomárase por testimonio, y se hubiera hecho una iglesia cuando se pobló la villa &c.

(1) Bernal Diaz, cap. XXXIV.

do licencia para enterrar y quemar sus muertos, ofreciendo que al día siguiente vendrían á concertar las paces los señores de los pueblos: otorgada la licencia, acudieron por los campos con mucha gente para enterrar ó quemar los cadáveres segun la usansa de las tribus. (1)

Con la certeza de que los indios vendrían al día siguiente, Cortés para engañarlos, haciéndolos entender que caballos y lombardas hacían por sí mismos la guerra, mandó traer á su aposento la yegua de Juan Sedeño, y luego el caballo de Ortiz el músico que era muy rijoso, para que tomara el olor de ella, haciéndolos en seguida separar y poner donde no los vieran ni oyeran relinchar los naturales: despues igualmente, tener preparada una lombarda bien cargada y cebada. En efecto, los principales llegaron hácia el medio día, hicieron sus cortesías de estilo, zahumaron á cuantos estaban presentes, y entrando en la negociacion pidieron perdon por lo pasado, ofreciendo para lo futuro ser amigos. Cortés contestó por medio de Aguilar, dándose por enojado, que ellos eran culpables de la pasada guerra, por lo cual merecian la muerte; caso de que se conservasen en paz, el rey de Castilla mandaba favorecerlos y ayudarles; pero si faltaban á la fé prometida, él soltaría algunos de los *tepuztle* que tenía para hacerles mal, pues algunos de ellos estaban aún enojados por la guerra pasada. En aquel punto dieron fuego á la lombarda; el inesperado tronido, el zumbir de la pelota y el estrago que en el monte hacía, llenaron de terror á los embajadores, á quienes sosegó Cortés, diciéndoles no tuvieran miedo, pues él había mandado no les hiciesen daño. Trajeron entónces el caballo, amarrándole no lejos de Cortés; con el olor de la yegua el bruto pateaba, relinchaba, hacía bramuras y parecía que miraba con ojos encendidos á los indios, quienes tomaban aquellas demostraciones como dirigidas contra ellos; Cortés se levantó de la silla, tomó el caballo por el freno, é indicó á Aguilar hiciera creer á los embajadores que había apaciguado al animal para que no les causara daño: dos mozos de espuelas, sacaron al caballo donde no fuera visto por los indios. A esta sazón llegaron treinta tamenes con algun presente, terminando la plática por ofrecer que al día siguiente vendrían los caciques á nuevo concierto. (2)

(1) Bernal Diaz, cap. XXXV.

(2) Bernal Diaz, cap. XXXV.

A postrero de Marzo llegaron muchos caciques de los pueblos comarcanos, trayendo un corto presente en objetos de oro y mantas bastas, concertándose la paz ó más bien el sometimiento de la provincia á los reyes de Castilla: el presente de oro nada fué en comparación de veinte esclavas que trajeron al general, entre las cuales se contaba á Marina, llamada así despues de bautizada, muy conocida en la conquista por ser la intérprete del ejército. Preguntóse á los caciques de donde provenían las cosas de oro, y respondieron que de *Culehua* (Culhua) y México, nombres que los castellanos no entendieron, comprendiendo sólo por los dichos de un indio llamado Francisco, que eran países más adelante. Preguntados por Melchorejo y pidiendo se le entregaran, informaron haber huido para entre ellos y haberles aconsejado dieran guerra á los castellanos, pero que no podían entregarle, porque habiendo visto el mal resultado de la batalla de Ceutla se había huido: segun se averiguó, los tabasqueños sacrificaron á Melchorejo, visto el fatal resultado de su consejo. Pidiéronles en señal de paz, que los habitantes del pueblo volvieran á sus abandonados hogares, cosa cumplida exactamente dentro de los dos dias de plázo que para ello se les puso. (1)

Repoblado el pueblo y aprovechado el trato frecuente con los caciques, el P. Olmedo por lengua de Aguilar les dió á entender la excelencia de la religion cristiana, lo inútil de los ídolos y aborrecible de los sacrificios, exhortándolos á desechar su falso culto; no parece mostraran pesadumbre por el cambio, y de buen grado se prestaron á admitir al nuevo Dios. En consecuencia fué construido un limpio altar, en el cual quedó colocada una imagen de la santa Virgen con su niño en los brazos; (2) los carpinteros Alonso Yañez y Alvaro López, construyeron una gran cruz como en Cozumel, la cual pusieron junto al altar, y una vez terminados los preparativos, dijo misa Fr. Bartolomé de Olmedo, púsose al pueblo nombre de Santa María de la Victoria; por boca de Aguilar se hizo una plática á las veinte esclavas, bautizándolas en seguida, para que siendo ya cristianas pudieran ser repartidas á sus nuevos amos. La muchedumbre de los zoques y mayas asistían recogidos y maravillados.

(1) Bernal Diaz, cap. XXXVI.

(2) Dice Bernal Diaz, cap. XXXVI, que los naturales llamaban á la imagen *Teciciguata*. La palabra parece estar compuesta de las dos voces mexicanas *tecuhíl* y *cihuatl*, haciendo Tecuhcihuatl, mujer ó señora caballera ó principal.

Varios dias pasaron aún, permaneciendo los castellanos asistidos y regalados. Llegado el domingo de Ramos, diez y siete de Abril, los indios caciques fueron invitados con sus vasallos y familias á presenciar las ceremonias de aquel solemne dia; los castellanos debían ponerse en marcha acabada la fiesta, pues los pilotos tenían temor al Norte, ó más bien Cortés no encontraba ya conveniente permanecer en el país. Mandóse construir en Ceutla una cruz en una gran ceiba, en memoria de la victoria alcanzada, teniendo cuidado de dar á la función religiosa el mayor aparato. Domingo muy temprano vinieron, al patio en donde estaban la cruz y el altar, los caciques y principales con sus mujeres é hijos; díjose la misa, oficiando el religioso de la Merced Fr. Bartolomé de Olmedo y el clérigo Juan Díaz, terminada, presidiendo Cortés y con los capitanes y soldados llevando los ramos benditos en las manos desfilaron en devota procesion; adoraron y besaron la cruz; asistiendo maravillados los indios de semejantes demostraciones por ellos vistas por la vez primera. Los caciques presentaron algunos bastimentos para el viaje, despidiéronse amigablemente de los castellanos, quedando encargados de cuidar y reverenciar la imagen de la Virgen y las cruces, sintiendo tal vez gran regocijo al ver partir á sus nuevos amos. Los españoles, en sus bateles y en las canoas prevenidas por los indios, se embarcaron en Santa María, conservando aún en las manos los ramos benditos bajaron el rio, recogíendose en la flota, la cual permaneció al ancla durante aquella noche. (1)

Detengámonos un poco á hablar de Doña Marina la lengua. Oscura es la primera parte de su vida, y tanto que no se sabe con firmeza cual fué el lugar de su nacimiento. Preguntada por Cortés, quién era y de dónde, respondió: "que era de hácia Xalisco, de un lugar dicho Viluta, hija de ricos padres, parientes del señor de aquella tierra, y que siendo mochacha la habían hurtado ciertos mercaderes, en tiempo de guerra, y traído á vender á la feria de

(1) Bernal Diaz, cap. XXXI á XXXVI.—Carta del Regimiento de Villa Rica, pág. 13—18.—Relacion de Andrés de Tapia, pág. 558—560.—Gomara, cap. XVIII á XXIII.—Herrera, déc. II, lib. IV, cap. XI y XII.—Torquemada, lib. IV, cap. XI y XII.—Los testigos presenciales no siempre están conformes en la relacion, cosa natural pues dos hombres no examinan el mismo objeto bajo idéntico punto de vista.—Véanse en el interrogatorio presentado por Cortés, de la pregunta 54 á la 79, Doc. inéd., tom. XXVII, pág. 323—333.